

tf

trans-pasando
fronteras

Revista estudiantil de asuntos transdisciplinarios

Una publicación de



Facultad de Derecho y Ciencias Sociales



La guerra de las ciencias*

Fragmento de la introducción al libro
Desafíos de la transdisciplinariedad
Instituto de estudios sociales y culturales – Pensar
Universidad Javeriana

Por Alberto Flórez Malagón y Carmen Millán de Benavides**

–Editores–



El debate sobre de la permanencia de las disciplinas científicas y de su pertinencia para el trabajo intelectual, es uno de los más álgidos y enriquecedores del mundo académico hasta el punto que, alrededor de esta temática, se han concentrado buena parte de las preguntas más relevantes sobre la producción de conocimiento en el mundo contemporáneo.

El corazón de la disputa es la duda fundamental acerca de la eficacia de una fragmentación disciplinar incontestable, la cual se construyó en el mundo occidental, como un referente excluyente y paradigmático para el ejercicio intelectual académico.

La versión más publicitada de dicha disputa es la llamada “guerra de las ciencias” en la cual se han revivido las luchas de poder referentes a quiénes deben orientar las prácticas de una verdadera ciencia universal. Del lado de los científicos naturales han surgido sencillas diatribas, que han tenido un gran impacto publicitario, especialmente después

* Fuente original en FLÓREZ-MALAGÓN, Alberto y Carmen Millán de Benavides (2002). “Introducción. La guerra de la ciencias”. En: Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*, pp. 3-19. Bogotá: Instituto de estudios sociales y culturales – Pensar, Universidad Javeriana.

** Agradecimientos especiales a Carmen Millán de Benavides y Nicolás Morales Thomas por permitirnos publicar estas cuantas líneas sobre la transdisciplinariedad. Revisión y notas pie de páginas por Adolfo A. Abadía.

del conocido *affaire Sokal*¹, en el cual un físico neoyorquino presentó un artículo insulso que más tarde fue publicado por una prestigiosa revista, muy conocida entre los “nuevos humanistas”. Esta burla permitió a Sokal denunciar la supuesta perversión de las prácticas, la inexistencia de controles de calidad, la falta de cientificidad y coherencia intelectual y todo lo demás que él atribuye al lenguaje utilizado por los nuevos intelectuales.

Aunque el asunto no llegaba a atacar con justeza el corazón de la nueva producción en las ciencias sociales y humanas, sí revivió la vieja disputa entre los modelos positivistas para la producción de ciencia “dura”, enfrentados a las prácticas limítrofes de las humanidades, que desconociendo los criterios de demarcación de las ciencias “ciencias”, recuperaban sin tapujos los espacios de la metafísica, la ética, la estética, la política y todos los demás espacios del conocimiento, que los científicos más ortodoxos habían logrado exiliar de sus prácticas de investigación.

La corriente que aún hoy defiende la propuesta de las ciencias físicas como modelo para hacer ciencia social, se alió naturalmente a estas denuncias y se constituyó en un polo en la guerra de las ciencias, o mejor dicho, entre las ciencias; e insistió en la pobreza paradigmática de las ciencias sociales, y en su fracaso para construir hasta la fecha, unas verdaderas prácticas científicas. Mario Bunge, uno de los más conocidos expositores de estas tendencias neopositivistas, seguía afirmando en recientes escritos que: *“todas las ciencias, ya sean naturales, sociales o biosociales, comparten un núcleo común: la lógica, la matemática y ciertas hipótesis filosóficas acerca de la naturaleza del mundo y su estudio científico. Este meollo común permite que hablemos de ciencia en general, en contraste con la ideología o el arte, y que la discutamos racionalmente”* (Bunge, 2000:10).

En el otro extremo del debate se consolidaron las propuestas posmodernistas con su crítica fundamental a los metarrelatos de la modernidad. Aparecieron propuestas de conocimiento “situadas” y “poscoloniales”, y se vinculó una nueva izquierda intelectual (Rorty, 1999:74), cuyo compromiso político es más explícito y exige una transformación

¹ Alan David Sokal profesor estadounidense de física en la Universidad de Nueva York y de matemáticas en University College London publica un artículo pseudocientífico titulado “Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity” (1996) en la revista *Social Text* de la Duke University Press, pretendiendo comprobar que una revista de humanidades “publicará un artículo plagado de sinsentidos, siempre y cuando: a) suene bien; y b) apoye los prejuicios ideológicos de los editores” (Para mayor información ver SOKAL, Alan (1996). “A Physicist Experiments With Cultural Studies”. En: *Lingua Franca*, vol. 6, núm. 4, pp. 62-64).

esencial de las aproximaciones disciplinares estructuradas, a partir de objetos fragmentados que no necesariamente dan cuenta de la complejidad de las realidades, sobre las que cada vez más los científicos toman partido.

En ambos bandos, los líderes de los nuevos y viejos movimientos intelectuales a veces se asemejan a sectas. Unos y otros atraen sus seguidores y los cautivan en una especie de arrebato místico, en donde los gurúes abundan y donde el mutuo desprecio, a veces teñido de opciones “políticamente correctas”, abunda.

A pesar de las fuertes discusiones de lado y lado, los sociólogos e historiadores de la ciencia nos han recordado cómo la ciencia y las disciplinas no son cosas sino procesos abiertos, y que en la práctica de una “buena ciencia”, las fronteras disciplinares no parecen haber sido más que las excusas institucionales y gremiales para tener una puerta de entrada a una práctica que afortunadamente las supera en su pretensión fundacional.

Una vez adentro de la comunidad académica, las camisas de fuerza que a veces se suponen tan vivas y poderosas, no disciplinan en absoluto el oficio de los investigadores, y a pesar de los intereses de los administradores académicos, los buenos científicos, que lo son más por su condición individual que por los contenidos de su formación, siguen dinamizando sus oficios con prácticas que no están dictadas por la organización administrativa y, otros añadirán: hegemónica, de los saberes. El funcionalismo atribuido al desarrollo de la ciencia podrá ser útil para asumir posiciones críticas radicales y mesiánicas, pero no corresponde, necesariamente, a las características de las comunidades científicas regionales y de sus vectores críticos.

Esto nos lleva a desplazar y a enfatizar el eje del análisis desde la discusión epistemológica fundamentadora de Occidente, hacia el rema de las prácticas académicas; y, al tiempo, a reconocer a la ciencia como un proceso abierto que, en una de sus transformaciones más importantes, parece haber superado la pretensión teleológica de sus inicios.

Aquí nos preguntamos si los recientes trabajos con énfasis epistemológico que critican la fragmentación de las ciencias, en especial el ya clásico informe de la Comisión Gulbenkian², han exagerado el referente del agotamiento disciplinar, por lo menos en su desarrollo reciente, pues en general estas críticas se han hecho con referencia a las pri-

² En 1993 la Comisión Gulbenkian para la restauración de las ciencias sociales abordó los problemas de organización de las disciplinas de las ciencias sociales del siglo XIX.

meras etapas fundacionales de las propuestas y ejercicios disciplinares, pero a menudo ignorando los desarrollos internos y la flexibilización reciente del ejercicio disciplinar, y obviando que la existencia de caminos entre los viejos y los nuevos territorios se detecta con frecuencia en las prácticas académicas recientes.

No sobra plantear la duda de si dicha Comisión, por ejemplo, tomó en cuenta o no, los desarrollos y las prácticas disciplinares de las ciencias en América Latina, que como frecuentemente se reclama desde la región, habrían desarrollado, sin nombrarla así, una práctica cercana a la que hoy proclaman los nuevos campos transdisciplinares, punto de llegada de las reflexiones gulbenkianas.

El punto de partida de nuestra discusión es, entonces, el encuentro en las fronteras entre una tradición disciplinar, que no está necesariamente encerrada en sus muros, y los nuevos campos transdisciplinares que tampoco tienen que declararse intransigentemente antidisciplinares.

El tema, además, coincide en la práctica con la pelea de poderes por la defensa y por el ataque a la disciplinariedad institucionalizada (seguimos dudando de que ésta tenga una expresión en la práctica académica por fuera del espacio institucional gremial) con sus correlatos, que son los viejos y los nuevos programas académicos.

Las universidades, espacio privilegiado de estas prácticas, expresan todo los detalles de la crisis disciplinar: los programas disciplinares empiezan a perder terreno ante los nuevos programas interdisciplinares y transdisciplinares. Los estudiantes que circulan por los saberes técnicos y humanistas al mismo tiempo, se distancian de aquellos formados en currículos cerrados y especializados y empiezan a controlar nuevos espacios de poder institucional; y el mercado laboral para los egresados de las universidades envía señales ambiguas y genera una demanda que no se reduce a los especialistas disciplinares, solicitando cada vez más profesionales con una formación integral (no integradora), aún más fuerte que la disciplinar.

El panorama es todavía poco claro. Muchas propuestas revisionistas se han institucionalizado, pero la resistencia al cambio es implacable. El debate se presenta con igual intensidad, aunque con particularidades locales, en todas las universidades del mundo. Desde las viejas tradiciones universitarias europeas, hasta las funcionales y academicistas universidades norteamericanas, desde las universidades coloniales de Asia, hasta las

hipercríticas de Latinoamérica, el problema de las disciplinas como referentes adecuadas para el trabajo intelectual se presenta como uno de los puntos de ruptura práxica³ más importantes del siglo XXI.

La crisis académica y la sociedad contemporánea

Toda esta problemática va acompañada por un cuestionamiento de las estructuras del aparato conceptual con el que nacen las ciencias sociales en los siglos XVII y XVIII, el cual empieza a ser limitado para entender la sociedad global caracterizada por el pluri-perspectivismo y la multiculturalidad (Castro Gómez, 2000b:xxxix). Se trata de que el mundo se ha mostrado mucho más complejo de lo que pretendía ser, y dicha complejidad exige que aquellas formas con que se creía que era posible conocer al mundo, sean revisadas profundamente y adecuadas a las actuales demandas de la sociedad global.

No se trata de abandonar toda pretensión de un conocimiento de la realidad social, sino de reconocer las limitaciones que existen ante dicha pretensión y las contradicciones que presenta cualquier universalismo. Superar el estadocentrismo, tener en cuenta la pluralidad de visiones sin dejar de lado el objetivo de conocer y de realizar escalas de valores comunes, y reconocer la situacionalidad del mismo científico, son sólo algunos de los muchos puntos que han comenzado a hacer parte de la nueva agenda de las ciencias sociales, y que posiblemente conduzcan, no a un abandono de la pretensión de lograr un conocimiento objetivo de los fenómenos sociales ni a una reducción de la ciencia a un conjunto de visiones igualmente válidas, sino a nuevas formas de alcanzar un mayor grado de objetividad crítica y políticamente activa, cuyo sentido ha de ser igualmente renovado (Wallerstein, 1998:92).

Así, nuevamente podría reafirmarse que la crisis está llamada a pensarse en los procesos de producción de conocimiento y sobretodo en los tipos de conocimiento; correspondiéndole a las ciencias sociales, precisamente por su interés, una reestructuración como respuesta y alternativa a las ‘crisis’ que se han generado desde ‘conocimientos’ descontextualizados e intolerantes de la multiplicidad de otros con los que se comparte un espacio y un tiempo. Se podría decir que existe una crisis porque se ha vuelto rele-

³ Del griego Praxis, relativo a práctica, en oposición a teoría o teórica.

vante la mirada a las implicaciones políticas y éticas de la producción del conocimiento y, en el caso de las ciencias sociales, por sus consecuencias en el ámbito social. De allí que se piense en un conocimiento en crisis mientras no se responda a la necesidad social del mismo para pensar y dialogar, y se hace necesario, a su vez, reflexionar por el lugar desde dónde se construyen –disciplinas e instituciones– como determinantes de su orientación ética y política, así como por lo que se construye en la medida que responda o no a unas expectativas sociales.

Desde mediados del siglo XX toda una serie de circunstancias como el cambio en el ordenamiento geopolítico del mundo, la descolonización, la aparición de nuevos actores sociales y la creciente difusión de las tecnologías de la información, entre otros, comenzaron a afectar la disciplinarización de las ciencias sociales (Castro Gómez, 2000b:xxxiii) y a cuestionar el tipo de conocimiento, hasta entonces hegemónico, que dichas estructuras producían. Es dentro de dicho contexto que empiezan a surgir nuevos campos para abordar los fenómenos sociales como los estudios culturales o los estudios poscoloniales, entre otros, que pretenden abarcar cuestiones tales como los problemas de género, estudios “no-eurocéntricos”, la importancia de lo local y lo histórico, y/o el reconocimiento de valores asociados al desarrollo tecnológico. Estos nuevos campos no se constituyen como nuevas disciplinas, sino como una especie de espacio más allá de las disciplinas que ha contribuido a desestabilizar la división tradicional del conocimiento.

Lo que estos nuevos campos aparentemente persiguen es retar la tradición del conocimiento occidental. Lo que hoy se produzca (en el ámbito de la ciencia y el conocimiento, en este caso) en cualquiera de estas localidades, no puede ser visto como desligado del resto del mundo; por el contrario, será parte de redes globales interconectadas por los crecientes flujos de información. La sociedad global, más que un contexto abstracto o una sumatoria de particularidades desconectadas, es un todo organizador del cual [todos] hacemos parte (2000b:xxii). No quiere decir esto que todo aquello que se produce en cualquier parte del mundo sea igual y presente los mismos patrones, sino que de alguna manera se interconecta con lo otro, ya sea por medio de la crítica, la refutación o la aceptación, u otros múltiples caminos.

Por un lado, los nuevos campos que pretenden superar dicha tradición, no constituyen disciplinas sino espacios transdisciplinarios, pues reconocen las limitaciones que

imponen las fronteras y los supuestos rígidos de división del trabajo intelectual para el abordaje de los fenómenos sociales. Debido a su carácter no-disciplinar, estos campos no presentan sus propios principios, teorías o métodos, sino que se apropian de las teorías y metodologías de las distintas ciencias sociales y ramas de las humanidades y las adaptan para sus propios propósitos (Sardar, 1997:17).

Al tiempo, se alejan de la tradición universalista del conocimiento occidental en tanto presentan un carácter que puede denominarse ‘auto-reflexivo’ en la medida en que reconocen que todo conocimiento está situado temporal y espacialmente sin suponer una neutralidad del mismo. La mayoría de estos nuevos campos, si no todos, poseen y reconocen una dimensión política intrínseca y, más aún. Enfatizan el valor del trabajo intelectual comprometido políticamente. En esta medida se proponen examinar prácticas culturales y su relación con el poder, entender la cultura en todas sus formas complejas con el fin de analizar el contexto social y político dentro del cual se manifiesta y de esta manera, poder aclarar su doble función como objeto de estudio (intelectual) y como posicionamiento de la acción y la crítica política (pragmática); exponer y reconciliar la división del conocimiento entre formas locales y universales y, por último, comprender y transformar las estructuras de dominación (sobre todo en la sociedad industrial capitalista) (Sardar, 1997:9).

No obstante, a pesar de que los nuevos campos se alejan en su práctica de la tradición del conocimiento occidental, presentan contradicciones con respecto a sus propios planteamientos, contradicciones que son reconocidas muchas veces desde el interior mismo de dichos campos. A pesar de constituir modos de investigación que no se suscriben a los límites estrictos de las disciplinas institucionalizadas, los nuevos campos se apropian con frecuencia de teorías y métodos de dichas disciplinas, lo cual se considera por algunos intelectuales, como un obstáculo para el avance en la construcción de teorías autónomas. El uso insistente, y a veces incuestionado, de categorías, conceptos y dicotomías propios de la tradición del conocimiento occidental, son concebidos por muchos como ataduras que imposibilitan una verdadera ruptura con dicha tradición. Así, autores como Walter D’Mignolo o Fernando Coronil, plantean con respecto al caso latinoamericano, la necesidad de buscar unas categorizaciones críticas del occidentalismo que tengan su locus en América Latina y del desarrollo de ‘categorías geohistóricas no imperialistas’ que permitan aban-

donar los mapas imperialistas dibujados por la modernidad (Castro Gómez, 1998:24); o, en el caso de los estudios culturales del sur de Asia, autores como Ashis Nandy proponen hacer de los estudios culturales una empresa totalmente ‘nativa’ basada en las categorías de ser y conocer únicas del subcontinente (Sardar, 1997:84). Pero, por otro lado, también existen posiciones que no perciben el uso de estas categorías como una limitación, sino que las utilizan con el propósito no tanto de deconstruir la historia imperial, sino de usarlas en su contra para “*destruir el razonamiento crítico histórico mismo*” (1997:116).

Así como esta idea de nuevos campos cuestiona la estructura occidental disciplinar, otra característica importante ha sido poner en tela de juicio el lenguaje en el que se reflexiona por su origen y conformación occidental. Esta preocupación busca resistirse a una colonización de la ‘mente’ a través de las categorías y las construcciones del pensamiento bajo los códigos de un ‘otro’ de afuera. La imposibilidad de expresarse en ‘categorías propias’ es, de por sí, un planteamiento muy complejo porque exige preguntarse por qué existe “lo propio” y más en contextos en donde la socialización tiene referentes tan diversos y enmarcados en los espacios ilimitados de globalización.

La ‘traducción’ del conocimiento occidental a otras categorías, y en espacios con otros idiomas, es una constante que por razones de una herencia y una tradición académica se ha construido en términos de Occidente y para Occidente, cuya asimilación desde ‘fuera’ de él hace de estos lugares de apropiación, centros en donde la traducción es una especie de ‘deber ser’. La posibilidad de hacer conocimiento en otros términos como el de “*una filosofía que piensa en español*” (Hoyos, 2000:71) y desde configuraciones en donde se entremezclan muchos códigos lingüísticos se plantea no sólo con referencia a un idioma sino a un lugar con un contexto propio. Pensar en una traducibilidad y la superación de la misma, frena el debate en una cuestión que es imposible de resolver. La traducción del ‘conocimiento occidental’ es fruto de cientos de años de historia y de socialización, el proponerse como una forma de resistencia y el permanecer aislado de un régimen de símbolos dominantes, es una posición inconsistente con una realidad en la que la globalización plantea otros espacios de comunicación. Aunque la idea de superarlos se considere como algo ‘imposible’ en su totalidad, es claro que sí se valora una autoconciencia de esta situación como un mecanismo de crítica y de ‘salida’ a una situación completamente sumergida en idiomas y experiencias ajenas a las realidades locales.

Más que ‘superar’ la constante y a veces aparente necesidad de traducir y de pensar la vida en términos de un solo Occidente, una apertura al diálogo y a la negociación con estas ‘voces’ se presenta como una posibilidad no sólo coherente con la realidad social de nuevos órdenes y niveles de comunicación, sino en donde el contacto no se exhibe como estrictamente negativo y ‘contaminante’.

Es cierto que hay unos órdenes y unas tradiciones occidentales, que han configurado formas de apreciar el mundo, a los cuales se ha accedido por procesos de colonización y, hoy en día, de globalización; pero no se puede radicalizar esta perspectiva y asumir que las voces no occidentales no se han apropiado de esas configuraciones desde espacios y formas locales. Ver en Occidente una ‘plaga’ es sólo hacer una lectura de los cambios abruptos y violentos de lo que se ha ‘perdido’ y de cierta manera ‘borrado’ con la imposición y el dominio de las estructuras occidentales, al subestimar las formas de apropiación autónomas, las resistencias, representaciones e interpretaciones de cada lugar de encuentros culturales. No se desconoce que el choque que ha representado un ‘dominio occidental’ no sólo ha sido en lo económico o lo académico sino, sobre todo, en las dimensiones sociales y culturales (Loomba, 1998:xii) pero a su vez se busca rescatar la presencia de un ‘otro’ que no ha sido pasivo a estos procesos, sino que ha estado siempre presente y negociando con el poder, pero pormenorizado por categorizarse sólo como víctima al haber perdido su ‘esencia’ –si tal cosa existe en lo social.

La superación entonces de una constante traducción del conocimiento occidental se alcanza en diferente medida según la conciencia que se tenga de esta condición, y de la formación de sociedades e instituciones disciplinares. La reflexión sobre estas posibilidades es por sí misma una ‘salida’ que permite la ‘creación’ de un conocimiento ‘más propio’ -aunque lo propio también esté tocado por el idioma occidental. La negación de una integración cultural y de un pasado en el que se originaron los ‘espacios académicos’, hoy legitimados, más que dar cabida a ‘conocimientos menos occidentales’, cierran las puertas de los mismos porque no se superan cuestiones irreversibles, que de lo contrario en su reconocimiento pueden dilucidar alternativas que le contesten al monólogo occidental. Se puede rescatar la posición poscolonial como un lluevo campo en el que no se clama con nostalgia por el pasado ni se ve, en éste, la solución a las representaciones culturales del momento –de por sí nada estables– sino que se ve en la abrumadora occi-

dentalización un proceso imparabile ante el cual la acción a seguir es negociar y reconocer la irónica situación de las categorías emancipatorias y del discurso mismo en contra de Occidente, siempre expresado en sus términos (Castro Gómez, 1998:17).

Las nuevas formas de conocimiento, con su estructura no-disciplinar, implican la necesidad de una renovación de las estructuras institucionales a través de las cuales se imparten dichas formas de conocimiento. Con la entrada arrolladora de la globalización, aparecen otras culturas que obligan a revisar los anteriores esquemas sobre la constitución de identidades, y que además tengan en cuenta los procesos asimétricos de interacción entre lo local y lo global (Castro Gómez, 1998:10). Ahora que Latinoamérica está siendo obligada a pensarse desde el punto de vista de su inserción en la sociedad global, la pregunta de cómo hacerlo ha generado grandes debates, las disciplinas no parecen suficientes para el abordaje de los problemas sociales que hoy agobian a esta región, sin embargo, dichas estructuras continúan rígidamente establecidas en el sistema universitario. Reproduciendo relaciones de poder que están dejando de lado la cuestión epistemológica y aún ontológica del problema. Como menciona Sarah de Mojica para el caso colombiano, *“el condicionamiento de la investigación universitaria en función de las políticas modernizadoras de centralización del Estado y de desarrollo..., parece haber impedido la necesaria construcción de nexos con el mundo, no sólo con la comunidad científica internacional, sino con la propia cultura”* (2000:176).

Estos problemas no corresponden a negligencias por parte de los académicos y de las instituciones o a la incompreensión o imposibilidad de su visión, sino al entramado de relaciones de poder bien estructuradas como para mantenerse y reproducirse no por ‘cuestiones divinas o naturales’ como en un ‘deber ser’ de las cosas, sino porque socialmente se reproducen como tal para conservar los espacios desde los que precisamente se están generando las críticas. La academia es construida socialmente y se ve atravesada a sí misma por las relaciones de poder de esas ‘sociedades’ que tanto analiza y cuestiona, pero de las que también hace parte y mantiene.

La superación de todo discurso eurocéntrico y universalista del saber occidental (Lander, 2000:50) debe apoyarse en la transformación de las estructuras desde donde se produce su propio conocimiento y se genera la crítica, empezando con este tipo de propósitos de evitar la naturalización de las mismas estructuras, producto de la apropiación

de la cosmovisión occidental en lugares como la universidad. El reto es, entonces, buscar otras formas de producir el conocimiento, los ‘nuevos conocimientos’. La ironía de estas situaciones exige desde un principio un intento por abandonar los saberes ‘parcelados’ esclavizados a unos programas académicos y aislados de otros campos de producción de conocimiento. Las ideas de formación integral –aunque bastante atrevidas e incomprendidas–, no dejan de ser propuestas interesantes que con el suficiente apoyo y en la medida que empiecen a formar parte de estos círculos, permiten abrir la formación profesional en donde la circulación del ‘conocimiento’ no estaría limitado por los muros disciplinares y aún científicos. Edgardo Lander plantea esta cuestión argumentando que los universitarios latinoamericanos se han destacado por criticar las injusticias, mas no por reflexionar sobre sus propios procesos de reproducción de las mismas.

La reflexión sobre la práctica y sobre las implicaciones políticas de las formas de producción de conocimiento, se aleja de la sensatez de sus intenciones si deja toda la discusión en lo teórico, por fuera de cualquier praxis. Retomando el tema del compromiso social, se convierte en un imperativo resolver las incongruencias entre teoría y lucha teórica, y los campos mismos de producción de éstas –como conservadoras de regímenes coloniales en sentido amplio– cuando las palabras y las mentes buscan liberarse y superar la estrechez del imaginario anclado solamente en lo occidental.

Las discusiones sobre la globalización y la poscolonialidad son debates que conciernen tanto a los centros metropolitanos como a las regiones ‘periféricas’, entre ellas América Latina. Regiones que se ven obligadas a pensarse desde el punto de vista de su inserción en la sociedad global. La academia latinoamericana debe, entonces, pensarse desde su inserción en el mundo global, teniendo en cuenta las implicaciones que este proceso tiene para la conformación de su identidad intelectual. También, debe modificar las rígidas demarcaciones disciplinares que no parecen adecuadas para abordar los fenómenos que se generan en este tipo de sociedad, y que no deben ser dejados de lado por la crítica y el conocimiento científico. Debe iniciarse, además, en la reflexión sobre los problemas particulares que agobian a su sociedad para construir “*un horizonte de conocimientos nuevos que nos pongan en dirección de la reconstrucción social*” (De Mojica, 2000:175) y que constituyan la base de un conocimiento latinoamericano ya no como reproducción del conocimiento metropolitano, sino como producción autónoma e independiente.

Bibliografía

BUNGE, Mario (1999). *Las ciencias sociales en discusión: Una perspectiva filosófica*. Buenos Aires: Sudamericana.

CASTRO GÓMEZ, Santiago, ed. (2000a). *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*. Bogotá: CEJA: Pensar.

----- y Oscar Guardiola (2000b). "Introducción. Geopolíticas del conocimiento o el desafío de "impensar" las Ciencias Sociales en América Latina". En: *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, pp. xxi-xlv. Bogotá: CEJA: Pensar.

----- y Eduardo Mendieta, eds. (1998). "Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización". En: *Debate*. México: Porrúa y University of San Francisco.

HOYOS Vásquez, Guillermo (2000). "¿Tiene Patria la razón? Los compromisos sociales de una filosofía que piensa en español". En: *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, pp. 71-92. Bogotá: CEJA: Pensar.

LANDER, Edgardo (2000). "¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos". En: *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, pp. 49-70. Bogotá: CEJA: Pensar.

LOOMBA, Ania (1998). *Colonialism/Postcolonialism*. London: Routledge.

NIETO, Mauricio (2000). *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Bogotá: ICANH.

DE MOJICA, Sarah (2000). "Desafíos para el estudio de la cultura colombiana". En: *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, pp. 167-182. Bogotá: CEJA: Pensar.

REYNOSO, Carlos, ed. (1998). *Presentación. El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona: Editorial Cedisa.

RORTY, Richard (1999). *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX*. Barcelona: Paidós.

SARDAR, Ziauddin y Borin van Loon (1997). *Cultural studies for Beginners*. Cambridge: Richard Appignanest, Icon Books.

WALLERSTEIN, Immanuel (1998). *Abrir las Ciencias Sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. México: Siglo XXI.